

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## COMPAÑEROS DE CURSO

# ADIOS A SANTIAGO NADAL

CUANDO una promoción de estudiantes que, tras larga convivencia, llegaron a constituir un grupo unido por vínculos de afecto, avanza a través de los años, las bajas se van produciendo en él de manera parecida a lo que ocurre en una unidad militar cuando, en una batalla, se acerca al enemigo: al principio, los que caen son pocos y su desaparición parece un hecho insólito, sorprendente; con el paso del tiempo, las bajas se hacen más frecuentes. Cuando se llega a la década de los sesenta (que es lo equivalente a la llegada a la línea de fuego) las bajas se producen con una rapidez desconcertante. En nuestra promoción hace pocas semanas desaparecía Carlos Clavería; hace pocos días, Santiago Nadal.

Conocí a este último el año 1927, en que los dos iniciamos los estudios en la Facultad de Derecho. En nuestro curso (o en los muy inmediatos, de forma que convivimos con ellos en las aulas y en los patios) figuraban estudiantes que después se han distinguido en varios sectores de la vida nacional: recuerdo entre otros, a Luis Rodríguez de Miguel, Narciso de Carreras, Guillermo Díaz Plaja, Juan Ramón Masoliver, Octavio Pérez Vitoria, Jordi Maragall y Juan Sardá, todos ellos bien conocidos en

Barcelona, y a Mariano Sebastián, catedrático de Hacienda de la Universidad de Madrid y subgobernador del Banco de España, y Alfonso García Gallo, catedrático de Historia del Derecho, también de la Universidad de Madrid.

Todos éstos eran compañeros de la Facultad de Derecho, aunque algunos de ellos cursaban simultáneamente Filosofía y Letras. Las dos facultades eran vecinas, los cursos universitarios eran menos numerosos que ahora, y los estudiantes de una y otra nos conocíamos y tratábamos. Y en la Facultad de Filosofía había un grupo no menos brillante, del cual formaban parte, entre otros muchos los desaparecidos Jaime Vicens y Carlos Clavería.

En este ambiente se movió Santiago Nadal, que fue pronto conocido y querido por todos. Era un buen estudiante de Derecho y fue un buen abogado, aunque por breve tiempo, durante los años de la República. Pero en seguida destacó en él su pasión política y su interés por la historia y también por la literatura.

Sus convicciones políticas eran conocidas por todos los compañeros. Nadal, inteligente, vivaz y nervioso, discutía incansablemente; su programa ya entonces, como ahora cuando ha muerto, era la monarquía como garantía del

orden y la libertad. En la defensa de este programa ha mostrado toda su vida firmeza y flexibilidad: lo ha mantenido en todo momento con lealtad inquebrantable, pero en su exposición y dialéctica se ha ido adaptando a los cambios que el país ha experimentado durante casi medio siglo.

En los años inmediatamente posteriores a nuestra guerra, sintió, como sentimos otros muchos, la fuerte influencia del añorado Juan Bautista Solericens. Entre Solericens y Nadal llegó a existir una amistad cordial y una profunda admiración mutua. Nadal admiraba en Solericens su serenidad, su madurez, su gran erudición y especialmente su exhaustivo conocimiento del pensamiento político catalán centrado de los siglos XIX y XX: Balmes, Manyer y Flaquer, Maragall, Cambó. Solericens, generoso de su tiempo, estaba siempre dispuesto a exponer largamente cualquier punto de la doctrina de estos autores y de la influencia de los mismos en la política española. Nadal aprendió mucho en sus conversaciones con Solericens. Este admiraba en Nadal su juventud, su facilidad de asimilación de ideas, su capacidad de acción y su eficacia.

Pero si Nadal tenía convicciones firmes y

viva pasión política, tenía también gran honestidad intelectual y personal y una profunda bondad humana. No rehusaba nunca escuchar un razonamiento y reconocer los puntos fuertes de las opiniones de los contrarios. Nuestros años universitarios fueron los últimos de la Dictadura y en ellos había estudiantes de todas las tendencias, sin excluir, naturalmente, las más extremas. Santiago Nadal discutía con todos, pero no recuerdo que nunca se enemistara con nadie, ni tan sólo que hablara mal de nadie.

Las características que se revelaron en sus tiempos de estudiante le han acompañado a lo largo de la vida y se han reflejado en los miles de artículos que ha escrito sobre política nacional e internacional, y en sus libros de historia y de política: integridad, inteligencia, información y objetividad con sus adversarios ideológicos. Y su bondad y su generosidad han hecho que viviera siempre rodeado de afectos, y que su muerte haya sido sentida, por los muchos que le quisimos, como una pérdida dolorosa.

Lucas BELTRAN

## INTERPRETACIONES

# DOBLE FONDO DE UNA HISTORIETA

UN verdadero río de tinta —tinta de imprenta—: salida de madre, además. Tal ha sido «la otra» consecuencia del episodio Watergate, si se me permite describirla con un inefable tópicos consagrado. El incidente que le costó el cargo a Richard Nixon está dando pie a una masa considerable de papeles, y hay tela cortada para rato. De hecho, ya todo empezó en las páginas de un periódico, y aparte lo que hayan dado de sí los llamados «medios audiovisuales», la tipografía ha colaborado efusivamente al desarrollo del asunto, para convertirlo después en tema de pasión y de reflexión. El abuelo Mommsen afirmaba que la historia de Roma era la historia del mundo. ¿O quizá no fue Mommsen, y sí el señor Morera i Galicia, distinguido erudito? No importa el detalle, ahora. Pero, de alguna manera, las cosas van así, y siempre existe una Roma imperial. Hoy mismo hay dos o tres: una de ellas es, naturalmente, Washington. Y no es que la «historia de Washington» sea, por supuesto, la «historia del mundo» actual: sólo que lo que ocurre en la capital de los Estados Unidos, por razones obvias repercute de un modo u otro hasta en el último rincón del planeta. Lo del hotel Watergate no podía no despertar una vasta expectación, aquí, allá y acullá. Y a ella responde el profesionalismo de los comentaristas de prensa, de los sociólogos al tanto, de los polemistas políticos, sin contar a los reporteros afanados tras la picante minucia de la información...

Y alguien tenía que proponerse una «interpretación» a fondo. La anécdota se prestaba a ello, precisamente por sus inferencias previsibles. Lo que se ventilaba en torno al Watergate dichoso, en efecto, era algo más que el pundonor constitucional y que cualquier rasgo de puritanismo cívico aparente. La industria cinematográfica yanqui en pantallas de cualquier tamaño, sin ir más lejos, nos tiene acostumbrados al espectáculo turbio: senadores venales, policías vendidos, sindicatos torvos, intrigas horribidas y todo eso. El espectador «colonial» se indigna o se encoge de hombros, pero no se llama a engaño. Ni siquiera a propósito de la «libertad» y de sus «dolces moléstias», como decía don Jaime Bofill i Mates con su relativo candor de liberal. Watergate no ha sido un capítulo más de un relato de Dashiell Hammett, ni una película del difunto Hollywood, preparadamente insignificantes. Porque si de eso se trataba, todo se habría desplegado en términos de inmediata digestión. No ha ocurrido así. Forzar a la dimisión al presidente de los Estados Unidos de América

del Norte nunca fue lo normal. Las «dimisiones» provocadas tipo Lincoln o Kennedy, pertenecen a la «crónica negra». Y lo de Nixon ha sido pura «crónica blanca»: casi jurídica. ¿Entonces? De no haber de por medio «intereses» profundos, el espionaje electoral del Watergate y sus secuelas, la solución del embrollo tendría que haber encontrado salidas cómodas.

Se ha hablado de «lucha de clases». Pero ¿qué «clases»? Quienes han apuntado la idea no aplican el esquema marxiano, y por otro lado, salta a la vista que uno de los protagonistas del melodrama no podía ser el proletariado. De la clase obrera estadounidense apenas se sabe nada, y justamente los sociólogos de aquellos parajes parecen confiarse en desvirtuar o desdibujar su figura y su peripécia. La pugna, en Washington, se planteaba, o se plantea, entre la «burguesía» de una parte, desde luego, y una presunta «nueva clase» en la acera de enfrente, cuya «nueva clase» —ésta sí— ha ido adquiriendo, en los últimos tiempos, una relevancia indiscutible. Galbraith le ha puesto el nombre de «tecnocultura». La «burguesía» clásica de los Estados Unidos, asentada sobre la antiquísima noción universal de la propiedad privada y sobre unas tradiciones muy específicas y consistentes, choca con la «tecnocultura» nacida en el seno de sus mismos negocios y para servirlos, pero ya con resuelta voluntad de independencia y, más aún, de ocupar el poder. Tal sería la explicación. La tal «tecnocultura», según cuentan, no sería exactamente simétrica de lo que entre nosotros se ha pretendido calificar de «tecnocracia», estrato piadoso y pordiosero que, por no ser nada, ni siquiera fue «tecnócrata» como Dios manda. Que la «tecnocultura» yanqui sea o no una verdadera «clase» es otro cantar.

Todo depende de lo que se entienda por «clase», claramente, y en las universidades del Ultramar opulento las doctrinas de moda tienden a desmontar el concepto. Pero eso resulta secundario, ahora. Se le llame «tecnocultura» o como se quiera, la «cosa» está ahí. En principio, definen su condición por el hecho de que los individuos que la componen obtienen sus recursos de poder, de dinero y de influencia, no a través de la «propiedad», sino de su personalísima competencia intelectual. Son los «cuadros», ingenieros, burócratas, expertos en cuanto existe, profesores, «cabezas de huevo» de toda laya. Y constituyen un grupo ambicioso, impaciente, que, en su comportamiento privado y en su actitud civil, disienten

de la «burguesía» ancestral. Por decirlo rápidamente: se les da un camino el «Mayflower» y el Día de Acción de Gracias y toda la cacharrería hereditaria, y son menos quisquillosos en cuestiones de costumbres. De su ansia por suplantar a la clase dominante actual hay bastantes más noticias, pero el estallido de Watergate sería la operación de mayor vuelo, o de mayor osadía, de las intentadas hasta hoy, y Nixon cayó víctima de la maniobra... Y algo de eso debe de haber. El zafarrancho ha involucrado las adhesiones más diversas, y en su análisis casi no han podido apreciarse graves movimientos enérgicos de los dos «partidos» en un cualquier antagonismo rotundo. El antagonismo se instalaba a otro nivel. Quizá sea ése: el de tecnocultura «versus» burguesía.

Dejemos lo de «clase». Unos y otros, la «tecnocultura» y su contrincante siguen siendo la misma clase, en la forma y en la sustancia, pese a cuanto les distinga. La alegría con que empleamos el término «clase» nos lleva a dislates notoriamente obvios: ¿no hablamos a menudo, por ejemplo, de una «clase política»? Pero de alguna manera hemos de entendernos. Y entra en la lógica de la política interior norteamericana la «lucha» aludida. El último «round» ha sido favorable a la «tecnocultura», y puede que, en un saldo final, convenga valorar positivamente lo que ha pasado. No me sorprendería que, en algunos círculos de aquel país, haya fluído un breve instante de optimismo: la sensación de «haber tomado la Bastilla», una pequeña, diminuta Bastilla, entre las muchas que quedarán por asaltar. La «tecnocultura» no es ni puede ser sino una «neoburguesía», cuyo papel histórico todavía está por ver. Ni Marx, ni siquiera Lenin, la previnieron, o sólo la intuyeron a medias. El fabuloso desarrollo del capitalismo en las últimas décadas no era imaginable en su época: la ciencia, y la tecnología inherente, ha dado mucho más de sí de lo que cabía esperar. Y la fauna de la «tecnocultura» ha aportado a ello una colaboración tan decisiva, que no ha de extrañarnos que ya reclamen —«revindiquen»— su tajada. El episodio se inserta en un contexto económico muy complejo, con apuros palmarios: cada día, la prensa los alrea. Es difícil hacer cálculos acerca del futuro. Pero, para sacar las castañas del fuego, habrá de continuar contando con los de la «tecnocultura». Que, a su vez, multiplican, de paso, sus «nuevas» Bastillas...

Joan FUSTER

**a PERPIGNAN en AEROTAXI**  
este final de semana o cualquier otro, junto con sus amigos les trasladamos a PERPIGNAN en el tiempo de fumarse un cigarro.

**BONIFICACIONES ESPECIALES**  
para grupos de 8 personas. A cualquier hora atenderemos su llamada y le informaremos.

**AIR CONDAL**  
COMPANIA DE AERO TAXI S.A.  
BOLIVIA, 31 - BARCELONA-5 (España)  
Tels. 246 43 52-246 84 43-246 48 02-226 48 18  
(Servicio permanente)

Ruego me manden información, sin compromiso alguno por mi parte, sobre Air Condal, a PERPIGNAN

Sr. D. \_\_\_\_\_  
Domicilio \_\_\_\_\_  
Ciudad \_\_\_\_\_ Tel. \_\_\_\_\_

**WV VALENTÍ**

**LISTAS DE BODA**  
Muebles • Orfebrería • Lámparas  
Cuberterías • Vajillas • Cristalerías  
Muebles Ingleses de importación  
Decoración • Antigüedades  
Provenza 308 Tel. 215 45 25 Barcelona

**MAMPARAS PARA OFICINAS**  
en maderas finas y metálicas  
varios modelos y precios  
**NOBLEX®**

Rambalá Cataluña, 85 estudio  
BARCELONA-8  
215 25 60  
215 69 40

**DECORACION E INSTALACION**  
TIENDAS, RESTAURANTES, CAFETERIAS, DESPACHOS, PISOS

*J. Espauella Decorador* - Tel. 2543891

**EpO muebles**

GRAN EXPOSICION **maga**

VISITE!  
VIA LAYETANA, 29